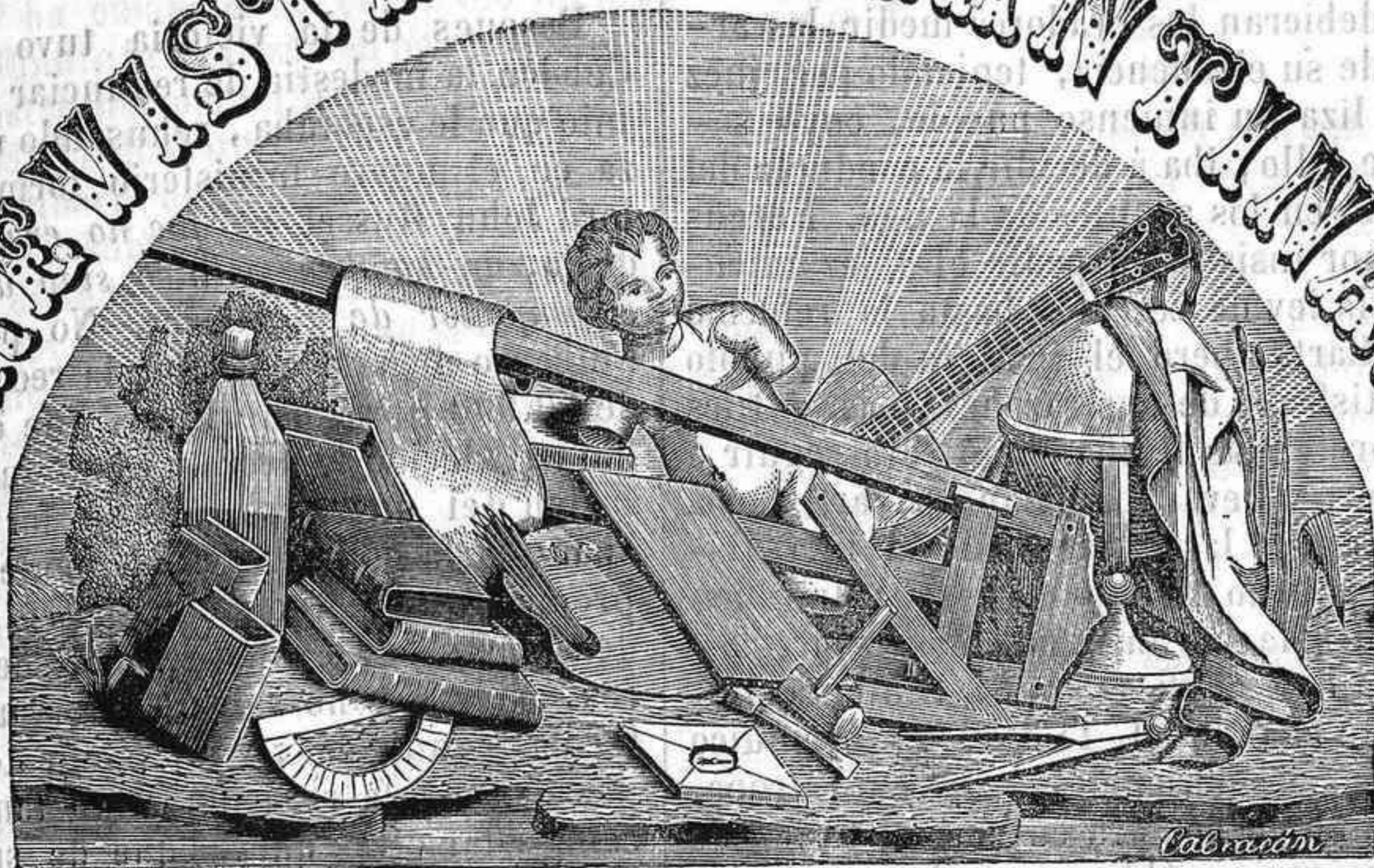


REVISTA SALAMANQUINA.



Periódico de Literatura, Ciencias y Artes.

CAYO LICINIO STOLON

Y

RICARDO COBDEN.

(CONCLUSION.)

En otro país que en Inglaterra, desde que la liga hubiera alcanzado la sancion del asentimiento público, fácil sería sublevar al pueblo y obtener la reforma entre el estruendo de las barricadas á la luz de las teas revolucionarias, pero no hay en Inglaterra revoluciones desde 1688; hay solo pacíficas reformas que las cámaras decretan cuando ha llegado la oportunidad de realizarlas. Ricardo Cobden supo comprenderlo, y como solo aspirase á una reforma pacífica, creyó indispensable introducir en la Cámara de los co-

munes (donde ya habia él penetrado) á sus compañeros los gefes de la liga, apelando para conseguirlo al desinteresado patriotismo del pueblo inglés. Hizo abrir suscripciones á que los obreros y capitalistas llevaron en ofrenda las economías de su trabajo ó de sus rentas, y cuyos inmensos productos sirvieron para comprar ciertas pequeñas propiedades (*freeholds*) que rentando anualmente cuarenta schellines daban á sus poseedores el derecho electoral. Entonces la liga influyente en las elecciones, pudo llevar á la Cámara de los comunes bajo las órdenes de Cobden una minoría menos respetable por el número que por el valor personal de sus oradores, á cuyos esfuerzos fió el no lejano triunfo, prosiguiendo en tanto sus conquistas en la opinion.

Mostrábase los cartistas hostiles al proyecto de la liga, que habian juzgado con mas prevencion que imparcialidad y criticado con mas apasionamiento que

Cobden

copia de razones. Cobden combatió acaloradamente las preocupaciones de este partido, que al cabo llegó á escucharle reuniendo al efecto un numeroso *meeting*: extraño palenque donde en singular combate debieran los oradores medir las armas de su elocuencia, teniendo por juez de la liza un inmenso pueblo, cuyo solemne fallo, iba á decidir la conducta del partido en los asuntos de la liga. Fergus Oconnor insistió en pedir el aplazamiento de la ley de cereales hasta la reforma de la Carta; pero el instinto del pueblo no satisfecho de sus razones mas sutiles que profundas le abandonó para seguir á Cobden, y llevar los falanges cartistas á militar bajo las banderas de la liga. Hácia el mismo tiempo desertaba tambien el Times de sus antiguas filas, y prestaba á la liga su eficaz apoyo. Síntoma infalible: cuando el Times, el periódico que mas números despacha en Europa, el que mejor penetra en los misterios de la conciencia pública, y sabe revelarlos con mas oportuna táctica abjuraba sus errores proclamando la necesidad de la reforma, era sin duda porque la opinion la reconocia ya como indispensable, y entonces no podia tardar en realizarse.

Así sucedió en efecto. Colocado sir Roberto Peel á la cabeza del ministerio, teniendo á su frente la oposicion del partido wigh, y la de la liga, sentíase desfallecer, y comprendió que su derrota era inevitable. Hubiera podido abandonar el campo, y encerrado, como Aquiles en su tienda, hacer inútiles los esfuerzos de sus contrarios, pero sacrificando generosamente su ambicion, tuvo por mejor romper con el partido tory, y exclamando «quien me ame me siga» fué, como el Manlio romano, á ofrecer al pueblo el prestigio de su nombre. Reunieronse entonces los diputados de la liga, los wighs, y una parte de los torys que habian seguido á Peel, con todos los cuales se formó la mayoria que decretó la reforma en Junio de 1846. Quedó por el momento rebajado el impuesto que á su entrada pagaban los cereales, debiendo ser definitivamente abolido en los años siguientes, y establecida desde entonces la libertad

de la circulacion, moderado por la concurrencia el precio de los granos, pudo el pueblo comprar facilmente el pan de que por largo tiempo le privára el monopolio aristocrático.

Después de la victoria tuvo Ricardo Cobden la modestia de renunciar el premio que le esperaba, rehusando una plaza en el nuevo ministerio formado por lord John Russel *porque no era, segun decia, un hombre politico sino un pobre estampador de algodones*. No pudo sin embargo negarse á recibir la recompensa de 80.000 libras esterlinas, que el pueblo agradecido le decretó como indemnizacion del menoscabo de su fortuna; y al aceptarla selló irrevocablemente el compromiso que le une con su patria, á cuyo desempeño se ha consagrado desde entonces, aspirando no solo á conservar las reformas adquiridas, y un momento amenazadas por la reaccion, sino tambien á conquistar otras nuevas que de su mano aguarda impaciente la Nacion Inglesa.

Compárense ahora la vida y proyectos del tribuno Inglés con los del tribuno Romano, y se reconocerá, como al principio deciamos, la semejanza de los hombres y los tiempos, al par del diferente carácter que los separa. Colocados en las estremidades de la historia Ricardo Cobden y Cayo Licinio Stolón se acercan, á pesar de los siglos, por la identidad de la mision que han cumplido, y por la grandeza de su genio. Oscuros hijos del pueblo se han elevado entre las olas de la multitud, merced no mas que al poder de su talento: esentos de mezquinas ambiciones han emprendido las reformas guiados solo de una fé incontrastable en la justicia de su causa; ambos calumniados, tal vez escarnecidos, han pasado indiferentes junto á la calumnia olvidándose de si mismos, fija la atencion en la noble idea de que eran ministros, y cuando al cabo del triunfo pudieron adjudicarse los despojos de la victoria tuvieron la generosidad de rehusarlos, reservándose, si, el honor de otros combates.

Pero, si hay semejanza en los hombres hay diferencia en el caracter de las naciones y los tiempos debida sin duda á la

El Pescador de Caña.

benéfica influencia de los progresos que ha hecho la humanidad. Licinio emancipó la plebe romana que conquistando el mundo le impuso la civilización por las armas: Cobden ha emancipado el pueblo inglés para difundir la civilización por el comercio, y estrechar por el libre cambio el lazo de solidaridad que une las naciones: Licinio libertó al pueblo rey de la tierra que ejerció sobre los otros pueblos la más pesada dictadura: Cobden ha libertado al pueblo rey de los mares, que si conquista colonias, ejerce sobre ellas una benéfica tutela para dejarlas acaso independientes cuando llegen á su mayor edad. El pueblo de Licinio abdicó su libertad y sus conquistas en manos de los Césares: el pueblo de Cobden no reconoce á nadie más que á sí mismo por heredero de sus victorias.

Por fortuna de la Inglaterra Ricardo Cobden á diferencia de Licinio ha sobrevivido y sobrevivirá por mucho tiempo á su reforma para justificar las esperanzas que en él se cifran. Gefe reconocido del pueblo manufacturero, no ha consentido que la reacción destruya su obra. (1) Apóstol de la paz entre las naciones pugna ardientemente por hacer pacífica la política de su gobierno; y sino lo ha conseguido (2) no debe este primer revés desalentarle en la continuación de sus proyectos, ni debe dejarse arredrar por el terror de desfallecer antes de darles cumplida cima. Su obra es la de la providencia, y para continuarla, del polvo de sus huellas brotarán nuevos Gracos y nuevos Marios que alcanzarán el triunfo bajo el amparo de su nombre eterno en la memoria de los pueblos.

E. PEREZ PUYOL.

Sentado en la escabrosa margen de un río, que así puede ser el Tormes como el Tajo y el Duero, el Ebro y el Manzanares ó cualquiera otro del mundo; calado el sombrero hasta las cejas, los anteojos en ristre y el morral de malla al hombro á guisa de cartuchera, aguarda resignado el pescador de caña á que uno de los tontos pececillos de la region fluvial trague el traidor anzuelo que preparado le tiene. Filósofo sin pretensiones, modesto con su chaqueta democrática y sus sencillos arreos, clava la vista en la superficie de las aguas, pendiente su alma de la especie de boya ó beleta que indica cuando pican, que es la voz técnica de los inteligentes. Ora ladea la caña en otra direccion distinta de la que tenia hace dos horas largas, ó bien busca sitios que sean, á su parecer, más á propósito para el caso, hasta que, fijo en uno, reconcentra, por decirlo así, todo el entusiasmo piscatorio que le anima y la pericia proverbial que le distingue. Treinta años hace que Don Cosme pesca todos los dias en el mismo sitio, y otras tantas serán las veces que ha llevado á su casa una libra de peces, si se exceptúan aquellos dias nefastos en que, á la manera de los cazadores, ha tenido que comprar una porcion de aquellos y presentarlos como pesca, por no sufrir en casa la terrible calenda de su cara mitad. Abstraído completamente de todos los negocios de la vida, cabizbajo y meditabundo como fraile cartujo, diríase que encerraba en su magín el medio de hallar facilmente la cuadratura del círculo, ó que bullian en su mente proyectos gigantescos de política europea, ó que quería inventar otra pila de Volta, ó que buscaba la piedra filosofal, ó discurría el modo de aplicar el vapor á la curacion radical del histérico y de los sabañones. Pues nada de esto era en verdad; rey de aquel río el pescador de caña, y domi-

(1) Mr. D'Israeli, Canciller del Echiquier al presentar los presupuestos ha anunciado en la Cámara de los comunes que respetaría la ley de cereales.

(2) En la sesion del dia 5 de este mes la Cámara aprobó el bill de milicia á pesar de la oposicion de Cobden.



nando sus aguas, como cercado de tritones y nereidas domina Neptuno con su tridente la estension de los mares, no envidia con su caña en la mano el cetro del universo, y lo único que en sus raptos sublimes desea es el poder habitar en el seno de la reina del Adriático, de la pintoresca Venecia, la de las góndolas y los palacios, para *pescar* desde su cama en los canales de aquellas deliciosas calles al compas de las románticas trovas de sus naturales.

El pescador de caña á la orilla del rio no tiene patria, ni familia, ni amigos, ni negocios ni nada; su ambicion son los peces, su norte es el anzuelo. En el momento supremo en que el *corcho indicador* se oculta de la flor del agua, y en que nuestro impertérrito D. Cosme tira de súbito y saca una trucha ó un zapato, bien pueden avisarle que está ardiendo su casa, ó que se halla su muger entretenida, ó que le van á prender por conspirador sin conspirar (dado que un pescador de caña pudiese ser conspirador) ó que le han nombrado Alcalde de su lugar en tiempo de guerra civil; que le agovian, en suma, cuantas calamidades pueden sobrevenir en una casa, que todo sera inútil, completamente inútil; entonces, en aquel momento de crisis, D. Cosme es D. Cosme, *el pescador de caña*, que ni vé, ni oye, ni entiende; ni aun sabe si el mundo es mayor que el reducido horizonte que tiene ante su vista.

En una de esas encantadoras mañanas de la primavera que convidan á disfrutar de la perspectiva del campo, y á recojer las perlas del rubicundo Febo, como diria un poeta, salí de mi casa muy temprano sin otro objeto que recrear la vista y divertir la imaginacion. Era una de las pocas veces que madrugo, pues (entre paréntesis) mi pereza en levantarme de la cama aumentase á proporcion que las ilusiones de la vida van desapareciendo; asi es que ya no me siento al amanecer en las orillas de los arroyos y á la margen fea ó bonita de los rios (como lo hacia de niño en las de mi inolvidable Tórmes) á recojer inspiraciones para mis versos, ni formo lúgubres endechas mirando á la

luna como un babeiaca, ni exhalo sentimentales ayes en la enramada de los vales y florestas, ni cuento mi amor á los troncos y á las peñas y á los sauces y á las flores, poseido del espíritu inocentemente bucólico que en aquellos benditos tiempos todavia se estilaba. Clásico ahora, en perfecta consonancia con mi asáz prosaica catadura, me rio soberanamente de las necedades que cometia allá cuando los risueños albores de mi adolescencia encontráronme dispuesto á ser el mas tonto discípulo de las juguetonas y siempre coquetas musas. Salí al amanecer, como digo de mi cuento, (y perdóneseme la anterior inoportuna digresion,) y caminaba rio abajo, como suele decirse. La mañana era magnífica; una brisa ligera movia apenas las hojas de los árboles, y solo los pajaritos, las ranas y los sapos tenían el uso de la palabra en aquel encantador parlamento. A los pocos pasos tropecé á una señora muy jóven y bella, con tres niños y una criada, que al momento conocí ser la esposa y familia de nuestro D. Cosme, *el pescador de caña*.

—Muy felices, Doña Rosita, parece que se madruga mucho.

—Felicísimas, amigo Fulano. Hemos dispuesto pasar el dia de campo, en compañía de Cosme, que está *pescando* mas abajo, entre aquellos juncos. No puede V. figurarse que *furor* tiene por pescar; todas las diversiones del mundo le parecen nada en comparacion de este placer tan tonto.

—Para V. lo será, señora, no para él. Un *pescador de caña* goza tanto con los bellos cuanto *variados* episodios de sus tareas, como el mas rendido y amartelado amante en los lances multiformes de sus aventuras. Sobre todo cuando despues de una observacion de tres horas y de una inmovilidad absoluta, tira del anzuelo y saca uno de esos sabrosísimos barbos ó de esas preciocísimas encantadoras y regaladas truchas...

—Como V. lo describe, soberbio; pero como él lo *pescas*, atroz. Figúrese V. que todas las tardes del año y muchas mañanas tambien se las pasa en claro á la orilla del rio como un estafermo, y vuelve

por la noche á casa con la esperanza de pescar otro día, y con la bendita ilusión de que la pieza que se le escapó era indudablemente una ballena, ó cuando menos un delfin.

—Esto último, aniga mia, forma la apología del pescador. ¿Qué es el mundo sino un prolongado sueño cercado de ilusiones, mas ó menos deliciosas y bonitas, segun son el alma y los ojos de cada quisque? Pues bien, *el pescador de caña* recoge por fin algun vez una realidad en el anzuelo, que competentemente decorada y embellecida en la sartén, es mas sabrosa sin duda que los ensueños de oro de nuestra mal aconsejada juventud.....

—Si, señor, convengo; pero ¡y los malos ratos, quimeras, fastidio y desembolsos que me cuesta su dichosa diversion! Sus conversaciones empiezan por *pescar* y acaban por *pescar*. Refiéreme nada mas que veinte veces al día los diversos métodos de *pescar* que desde Eva se han inventado, particularmente desde el tiempo de los Patriarcas y de los Apóstoles; y no hay, con ser ella grande, un lugar en toda la casa que no esté ocupado con chismes de la *pescar*. Pues no digo nada del día que trata de arreglar las cañas; desde el amanecer declara en estado de sitio la sala principal, que es la mas espaciosa; cierra todas las avenidas, publicando antes la ley piscatorial; reasume en sí solo todas las facultades de los dos, y ya me tiene V. á mi obligada á recibir las visitas en mi cuarto ó en la cocina, porque mi señor esposo tiene armado su tinglao entre los espejos y divanes, entre las butacas, alfombras y floreros.—
«¿Y el Sr. D. Cosme? me dicen las amigas, supongo que estará pescando»—
«No, señora.—«Pues es muy extraño, porque creo que es bastante apasionado.»
¿Y si amanece un día de esos lluviosos que segun él dice, son los mejores para pescar? la deja á una en la cama, se viste en un santi-amen, y marcha entusiasmado y á escape, cargado, como un burro, de cañas y morrales, sin olvidar el bote de *cuerno* donde lleva las lombrices para cebo que, sea dicho de paso, es el utensilio que tiene en mas estima.

En esta conversacion embebidos, nos acercábamos al sitio en que estaba el buen pescador. Con la boca abierta, el sombrero caido hácia atrás, la caña en ristre y toda la observacion y aplomo de un maestro consumado, aguardaba D. Cosme el ansiado momento de recojer su presa. Saludásmole siete ú ocho veces á gritos, pero inútilmente. Entonces uno de los chiquillos tuvo la feliz ocurrencia de echar una piedra en el rio. Aquí fué Troya; furioso D. Cosme como una leona á quien roban sus cachorros, abalanzóse á nosotros en ademan furibundamente hostil, y solo á fuerza de las mas prudentes reflexiones pudimos templar sus irascibles impetus, pues al ver frustrado el trabajo de todo el día, ninguna humana consideracion hubiérale contenido. Calmóse por fin poco á poco, y continuó su tarea casi sin contestarnos ni terciar en nuestra conversacion, ni apercibirse de los mas que bulliciosos juegos en que sus tres vástagos se entretenian. Separéme al poco rato de aquella apreciable familia, en cuyo jefe veia simbolizada la verdadera candidéz de un Patriarca de la Tebaida. Desde entonces no veo un *pescador de caña* sin que me acuerde del bueno de D. Cosme, que, aparte de su fanatismo piscatorio, es el hombre mas completo y formal que he conocido.

El *pescador de caña*, durante el ejercicio de su ministerio, es el tipo mas perfecto de la paciencia, la vera efigies de la resignacion, el ecce-homo de todas las virtudes domésticas. El *pescador de caña* es hombre de treinta años arriba, gasta buen humor separado del rio, y puede llamarse Juan ó Prudencio, Marcos ó Simplicio, Cándido ó Inocencio, sin que esto obste para que lleve los demas nombres del Sancta Sanctorum, y todos los apellidos desde Bobadilla hasta Majadera no inclusive. En medio de los sinsabores que le proporciona su inocente diversion, tiene en cambio la ventaja de helarse y abrasarse en las respectivas estaciones, y lleva por la noche á su casa esquisitos trofeos de pesca, soberbias pulmonias, magnificos rehumas y sabrosas y entretenidas tercianas. Por lo demás el pescador

de caña es honrado á carta cabal, es buen ciudadano, buen padre y sobre todo excelente marido.

DOMINGO DONCEL Y ORDAZ.

1845.

EPIGRAMAS.

Cuatro reales exigió
Don Luis por una receta,
Pero el parroquiano huyó
Y al boticario dejó
Un cuarto en vez de peseta.
Corre tras él mi Don Luis
Y no alcanzándole á ver
Esclamó: *como ha de ser,*
Gano tres maravedis.

»¿Qué tengo yo con mi padre?
(Decía inocentemente
El pequeñito Clemente)
»Si es marido de mi madre
»A mi no me toca nada
»Que él no fué quien me parió.»
Y el buen chiquillo acertó
Con aquella inocentada.

Preguntando muy formal
Un cadete cierto día
Qué libros estudiaría
Para ser buen oficial,
Respondiolo un subteniente:
»Lee versos y novelas,
»Comedias y vagatelas
»Y serás sobresaliente.»

»No me hables de casamiento
(Dijo á Pepa su querido)
»Que yo bien sé lo que ha habido
»Después de irme al regimiento.»
—»¡Jesus qué infamia, Señor!
(Esclamó Pepa)» ¡Ay Colás!
»Así se pierde el honor;
»No creas eso, mi amor,
»Que fué un mal parto no mas.»

FÁBULAS.

EL HOMBRE Y LA FLOR.

»Decidme, preciosas flores,
»Las Reinas de los pensiles,
»Las de fragancia suavísima,
»Las de los mil colorines,
»Las de pétalos bordados

»Con diamantes y rubies.
»¿Por qué os hallais tan ufanas
»Con vuestros lindos matices
»Si os habreis de marchitar
»Quizá mañana, infelices?»
De esta manera el hombre conversaba
Con un ramo de flores que formaba,
Oyendole el clavel abrió su labio
Y así responde al jardinero sábio:
»Y tú mortal arrogante,
»El Rey de la creacion;
»El que orgulloso te crees
»Retrato del mismo Dios;
»El que dominas al tigre,
»Y á la hiena y al leon;
»El que marchas por los mares
»De rico tesoro en pos;
»El que mides las estrellas,
»Y los espacios, y el sol,
»Y hasta quieres penetrar
»Los misterios del Señor;
»¿Para qué tanta soberbia?
»¿Para qué tanta ambicion
»Si te habrás de marchitar
»Brevemente como yo?»
Planta débil es el hombre
De los siglos tierna flor
Que á su otoño se encamina
Con un paso bien veloz,
Y antes suele deshojarse
A impulsos del aquilon.

EL MONO CON PAPA LINA.

En un hermoso día
Cierta mono que el bosque recorria
Saltando sin cesar de ramo en ramo
Ligero como el gamo,
Vió á una niña sentada entre las flores
Cubierta con mil diges y primores.
Prendado de la linda vestidura
De aquella criatura,
Con ojos envidiosos la miraba,
Y tanto le hechizaba
Su bella papalina
De almidonada y blanca muselina,
Que robarla dispuso
Y en un instante en práctica lo puso.
Con ella ya adornado
Y de gozo colmado,
Por los campos se fué grave y derecho;
Cual si fuera una bestia de provecho
De todo con desprecio se reia
Y tan gran personaje se creia
Que no intentó siquiera
Dirigir la mirada mas ligera
A varios animales respetables,
Personas apreciables
En aquellas regiones
Por sus grandes acciones.
Viendo al mono tan serio y orgulloso
Un taimado raposo,
Soltó la carcajada

Y le habló de este modo:— „camarada,
 „¿En qué fundas tu orgullo desmedido?
 „¿Qué huestes enemigas has vencido?
 „¿Se debe á ese talento
 „Algun descubrimiento
 „En las útiles artes ó en las ciencias?
 „¿Pones acaso fin á las dolencias
 „De este pícaro mundo?
 „¿Eres algún filósofo profundo,
 „Escritor sapientísimo
 „O clásico poeta eruditísimo?
 „¿Son tus virtudes tales
 „Que por tipo las toman los mortales?
 „¿O estriba tu soberbia solamente
 „En ese blanco gorro transparente?,
 „Confuso y aturdido nuestro mono
 Escuchando aquel tono
 Nada le contestaba,
 Y el zorro que observaba
 El grande gozo con que oído era
 Su discurso acabó de esta manera:
 „Conozco humanos monos, y bastantes,
 „A tí bien semejantes
 „Que juzgan menos que ellos si se ofrece
 „Al que mas alto aprecio se merece;
 „Y por qué?... Por que visten unos trapos
 „Relucientes y guapos
 „Adquiridos, tal vez, si se examina
 „Como esa tu preciosa papalina.,,

FR. POLIPODIO DE SALAMANCA.

CUENTOS DE LA INFANCIA.

CAROLINA.

En una fria y lluviosa tarde del invierno de 1815, trabajaba silenciosamente junto al fuego, en una habitacion amueblada sin lujo, pero con gusto y limpieza, una muger como de treinta años. Madama Derviley, —este era su nombre— no se hallaba sola: sentada á sus pies en un taburete, estaba una niña de ocho á nueve años, empleando su atencion en bordar letras con sedas de diversos colores. Nada mas encantador que aquel rostro de niña, cuya viva frescura hacia resaltar la magnífica cabellera negra que le caia en bucles sobre el cuello. Las líneas de su rostro, mucho mas marcadas de lo que suelen hallarse en tal edad, revelaban un caracter ardiente y resuelto, y en la traza con que desempeñaba su tarea,

era facil reconocer que la fisonomía no engañaba.

El viento que gemia entre las puertas, la lluvia que azotaba los vidrios de las ventanas, el resplandor débil y vacilante de la bugia, el silencio de la madre y de la hija, todo concurría á esparcir sobre aquella escena un tinte melancólico y sombrío.

Entre el rumor de la gente y de los carrajes que cruzaban la calle se dejó oír la voz de uno de esos vendedores que con el mismo tono y por el mismo precio, van proclamando una victoria ó una derrota, una buena accion ó un crimen, un nacimiento ó una muerte. Esta vez se trataba de una gran conspiracion descubierta; un nombre, anunciado entre otros veinte, hizo estremecer á un tiempo á Madama Derviley y á su hija.

—Ese hombre me ha asustado, dijo esta alzando sus hermosos ojos llenos de inquietud. ¿por qué ha pronunciado el nombre de Papá?

¡Hija mia! ¡mi pobre Carolina!... exclamó Madama Derviley, y llorando abrazó convulsivamente á la niña.

—Mamá! Mamá! respóndeme... por qué lloras?... Dios mio; ¿será que mi Papá ha muerto!

—Muerto! no, no hija mia, respondió vivamente aquella, alarmada por la expresion que de pronto habia tomado la voz, y el rostro de Carolina: tranquilízate; he hecho mal en dejarme llevar de mi primer impulso, tu sabes cuan facilmente me conmuevo.

La pobre madre trató de comprimir su corazon y devorar las lágrimas que quemaban sus mejillas. Pero Carolina disfrutaba de una inteligencia muy pronta, tenia un ojo muy penetrante para que fuese facil engañarla.

—Mamá, dijo, ese hombre ha hablado de conspiracion al tiempo que nombraba á mi padre. Qué es una conspiracion?

—Hija mia, no puedo explicartelo; eres muy niña para comprenderlo.

—Conque hay algo que me quieres ocultar. Pues no soy tan niña como crees. Bien he observado que en los tres dias que Papá falta has estado triste y llorado,

y apenas has hablado conmigo. Otras veces ha hecho Papá viages, y no te ha sucedido lo mismo.

Madama Derviley conoció que si callaba, la imaginación de Carolina iría mas allá de la realidad; parecióla pues mejor, aunque la afligiera un poco, dar rienda á su sensibilidad, y no dejarla concentrar en su corazón una pena que se creyera obligada á disimular.

—Escucha, mi Carolina, queria ahorrarte una inquietud; pero no quiero ya que supongas una desgracia mayor de la que nos aflige; tu padre existe; no tengas duda.

—Gracias Mamá: ahora ya puedo escuchar cuanto me digas.

—Hay, hija mia, acciones que pueden cometer los hombres mas honrados, pero que son crímenes, segun la política, y tienen fijados por las leyes severos castigos: tu padre ha cometido una de esas acciones.

—Y el castigo es severo?

—La prision... el destierro—á veces la muerte.

—¡Dios mio!

—Pero el nombre de tu padre ha sonado entre el de los conspiradores que no han sido presos, y yo espero que habrá hallado un asilo que le salve.

—¡Ay! que Dios te oiga!... pero escucha: me has dicho muchas veces que las súplicas de los niños son muy gratas á Dios... voy á rogarle con tanto amor que no podrá menos de conservarnos á Papá.

Carolina se arrodilló ante un Crucifijo, y clavando su angelical mirada en aquel signo de redención, se puso á rezar tan fervorosamente, que su madre sintió descender al fondo del alma un rayo de consoladora esperanza.

En este momento sonaron tres ligeros golpes; madre é hija temblaron, y movidas de un mismo impulso se precipitaron á abrir la puerta. Un hombre, vestido de aldeano, entró cubierto por un ancho sombrero. Madama Derviley arrojó un grito.

—Silencio, dijo el hombre, llevando el dedo á la boca: y entonces se quitó el

sombrero que le ocultaba la mitad del rostro.

—El es! Dios me ha oido! exclamó Carolina saltando á su cuello.—Era en efecto Mr. Derviley.

Después de algunos minutos concedidos á las caricias de su muger é hija, preguntó si alguien habia ido á buscarle.

—A nadie hemos visto, le contestó su esposa.

—No será hasta mañana! gracias á Dios que he llegado á tiempo.

—¿Qué quieres, decir, amigo mio?

—Te lo explicaré: este traje ya te habrá hecho concebir sospechas, y acaso habras oido...

—Ay! si!

—Entonces nada mas tengo que añadir: Amelia, conoces el peligro que me amenaza... pero no te asustes: mi salvacion es casi segura, el cielo no ha dejado de favorecerme. Sorprendido en una reunion, tuve la fortuna de escapar, pero se ha cogido una lista, en la que figura mi nombre con tales datos que no puede dudarse mi complicidad. A favor de este disfraz he podido dar algunos pasos importantes, y asegurar mi fuga que se realizará esta noche. Todo lo que temia era que hubiesen venido á registrar mis papeles; por fortuna no estaba designado en la lista mi domicilio, y tengo tiempo para destruir documentos, que agravando mi posicion, descubrirían nombres que conviene queden ignorados. Asi pues, Amelia, buen ánimo; esta noche partiré en una silla de posta con tres compañeros; tenemos pasaportes, y dentro de dos dias habremos pasado la frontera; entonces te escribiré, é ireis á consolarme, á fortalecerme, porque será preciso que nos proporcionemos una nueva existencia.

(Se concluirá.)

SALAMANCA:

Imprenta de D. Telesforo Oliva.

Calle de la Rua, número 25.